

Entre tanto, la revolucion iniciada en las montañas del Sur ganaba terreno; el ejército de Santa Anna era derrotado en Michoacan, en Guerrero, en Nuevo Leon; Colima estaba en poder de ella, mas tarde Zapotlan y despues Guadalajara, que abrió sus puertas á Comonfort, Degollado y otros campeones de la democracia. Aguascalientes secundó el movimiento popular, aceptó la revolucion de ideas y de principios que iniciaba una época fecunda en acontecimientos, y desapareció el gobierno de Anaya. Había el pueblo mexicano reconquistado sus derechos; la libertad iba á entronizarse y á ejercer su bienhechora influencia; las preocupaciones religiosas y políticas á sufrir mortales golpes. Combatian el pasado y el porvenir, y éste comenzaba á conquistar brillantes victorias. De un lado la fuerza y de otro el derecho; allá el despotismo y acá la justicia y la libertad; allá el fanatismo y acá la filosofía: frente á la ley brutal del mas fuerte los inalienables derechos del hombre. Triunfaba una revolucion que tantas esperanzas creaba, que atesoró tantos bienes, y el pueblo despertó de su letargo y exclamó lleno de júbilo: ¡viva la libertad!

CAPITULO XV.

La revolucion de principios.

(1855—1856.)

Alvarez y Comonfort.—Lerdo de Tejada.—Arteaga.—Union de los liberales.—Muere Costo.—Terán.—Guardia nacional.—La prensa.—La lucha de las ideas.—El club.—Una gavilla.

HABLANDO del movimiento regenerador de Ayutla, decia Comonfort en una de sus proclamas: "No es uno de esos motines militares que por desgracia han aflijido á la República; es una revolucion de ideas y de principios semejante á la de nuestra independencia."

Aquel caudillo decia una verdad que fué demostrada apenas se instaló en México el gobierno emanado de la revolucion. La lucha en el terreno de las armas habia terminado con la fuga del dictador; la toma de México fué para nosotros la toma de la Bastilla, el gran dia en que, como el pueblo francés el 14 de Julio de 1789, el pueblo mexicano destruia el antiguo edificio de la tiranía y el fanatismo. El viejo soldado de 1810, D. Juan Alvarez, fué el Thuriot de nuestra revolucion. Si éste mató primero á la Bastilla y despues á Robespierre, aquel dió muerte simultáneamente á la teocracia y al vivac, abriendo así un ancho camino á las reformas políticas y sociales que el país quisiese establecer. Se inició la lucha en el terreno de las ideas, combatieron los principios en pugna en el campo de la razon y de la justicia, y la Libertad cubrió con sus alas la manifestacion de todas las opiniones.

D. Benito Juarez, ministro de Alvarez, asestó el primer golpe mortal sobre las clases opresoras; proclamó la igualdad ante la ley, arrebatando sus fueros al clero y al ejército, (1855) y éste, y mas aún aquel, vieron un atentado en la ley que á todos nivelaba, como lo establece la Justicia, anterior á todos los pactos y á todas las leyes. Juarez fué el Fouchet de México y su obra organizó las resistencias, despertó los ódios, que se adormecen, pero jamás se extinguen, del fanatismo y la tiranía.

Juzguen los que conocen la historia de la edad media y han visto en aquella la obstinacion del clero en la defensa de sus materiales intereses, cuáles y cuántos serian los elementos que sublevó esa clase contra una

revolucion que destruia audazmente el edificio respetado por tantos siglos y por revueltas tantas. El fanatismo y la ignorancia fueron explotados; se invocó el nombre de la religion para sostener que el fuero eclesiástico es una institucion divina; comenzó á prostituirse al ejército, interesado tambien en la muerte de la revolucion, y se pagaron las defecciones y la traicion con el dinero consagrado al culto. Por todas partes se inició una lucha tanto mas terrible cuanto que se decia á las masas que el cristianismo estaba amenazado de muerte, sin recordar que la Iglesia de Jesus no puede sucumbir, que *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, y la ignorancia y las preocupaciones se agruparon al pié de la bandera clérigo-militar. Por desgracia, mientras mas era necesaria la energía para apagar el fuego de la contrarevolucion, el poder quedó en manos del vacilante Comonfort, y á Ocampo y á Juarez sucedieron en el ministerio los hombres del *no es tiempo*.

Sin embargo, en el gabinete de Comonfort tenia la revolucion un representante, D. Miguel Lerdo de Tejada. El 25 de Junio de 1856 se reprodujeron el 4 de Agosto y el 2 de Noviembre de la Francia. Por derecho de *desherencia*, como dice un jurista, y en nombre del pueblo, se desamortizaron los bienes que el clero administraba. Lerdo, nuestro Buzot, dió el golpe atrevido, y fué aplaudido por la revolucion y maldecido por los partidarios del antiguo régimen. No era posible que el clero aceptase los principios de aquella y sus consecuencias; él predicó mucho tiempo la desigualdad, la intolerancia. El alto clero queria seguir dominando; el

bajo, entre el cual había hombres filósofos, era demasiado tímido para ponerse en frente de aquel. Y no se tuvo horror de provocar la reacción, de regentearla, de derramar los tesoros de la Iglesia y la sangre de los mexicanos en una lucha que no podía santificar la moral del Evangelio. Y agréguese á esto que el clero habría ganado aceptando aquella ley, como lo hizo en los primeros días el virtuoso obispo de Guadalajara D. Pedro Espinosa; pero se prefirió después resistir en todos los campos. El clero pudo decir entonces aquella frase histórica demasiado conocida: *Morir mejor cien veces que cesar de ser injustos!*

Naturalmente lo que pasaba en México afectaba á todo el país y en Aguascalientes se luchaba también. Habiendo ido á aquella ciudad el entonces coronel D. José María Arteaga, procuró la unión de los círculos liberales é hizo una promesa solemne que supo cumplir. Juró que, á pesar de todo lo que debía á Comonfort, él sería el primero en combatirlo, si falseaba la revolución; se reconcilió con sus antiguos adversarios del círculo *duende*, y antes de emprender su marcha para Lagos, logró la unión que predicaba. (1855) El partido liberal se inspiró en los mas altos intereses, organizó el combate y se colocó resueltamente en el lugar que le correspondía. Llamó al gobierno á Cosío; Jayme fué en comisión á suplicar á Comonfort que ratificase aquella elección, la mas popular y conveniente; pero la muerte sorprendió al mas enérgico de nuestros gobernantes, el que tanto elevó á Aguascalientes, y Terán se encargó del poder ejecutivo con aplauso del partido liberal. Se rodeó de todos los liberales y se inauguró

una era de progreso en medio de las dificultades de una situación peligrosa. (1)

Terán organizó la guardia nacional, nombrando oficiales á muchos de los antes alumnos del colegio, que abrazaron con entusiasmo la causa de la revolución; influyó en el sentido de que se eligiesen ayuntamientos compuestos de hombres nuevos, de iniciativa, de progreso; estimuló á la prensa á tratar las graves cuestiones que se ventilaban y á dar impulso al movimiento popular, é hizo simpática la revolución al Estado. D. José María Chavez y otros publicaron el *Artesano*, que hace honor á Aguascalientes; otros jóvenes escribían en el *Mentor*, periódico que dirigía D. Estéban Avila, y á un tiempo se determinaron los adelantos de la revolución y los de la literatura. Allá como en otros lugares hacían prosélitos las nuevas ideas, se combatían los errores y los crímenes del pasado, se levantaba muy alto la bandera de Ayutla, y se tenía fé en que la victoria de ésta traería necesariamente el progreso moral y material de los pueblos. Se formó un gran partido que defendió con la pluma y con las armas la causa de la libertad y la Reforma, y en la lucha obstinada que se sostuvo, Aguascalientes sacrificó sus recursos, dió la sangre de centenares de sus hijos, mártires de la idea, de la convicción, del deber.

Faltó á Terán lo que faltó á Comonfort, elegir acertadamente á ciertas personas. Como éste supuso que hombres como Castillo, Miramón y otros podían

(1) Antes de esta época las oficinas del Estado estaban en distintas casas de particulares. El Sr. Terán compró una que había

ser fieles al gobierno establecido, creyó aquel que podía llamar á su lado á hombres de la escuela de los privilegios, á los que odiaron la revolucion y la abandonaron ó la combatieron despues; militares sin conciencia, sin instruccion. No hubo sin embargo defeciones de cuartel durante este año: (1856) permanecimos en paz, respetados por el partido conservador que aun soñaba con el restablecimiento de la Constitucion de 1824. La prensa y los liberales del Estado—lo consigno en alabanza de ellos—querian algo más que aquella obra ya gastada, algo mas conforme con los principios proclamados, y marchaban de acuerdo con los hombres que en México interpretaban mejor las tendencias de la época y las de la revolucion. Muchos de nuestros escritos de ese tiempo fueron reproducidos con aplauso en varios lugares del país; Terán y otros liberales del Estado fueron ensalzados; nuestra prensa elogiada, nuestra guardia nacional señalada como un modelo acabado. En una palabra, Aguascalientes se levantó demasiado en aquella época que ojalá y se reprodujese!

El interes que nos inspiraban las discusiones del congreso constituyente y la agitada marcha de los sucesos no nos impedian ver lo que importaba á la localidad, reformar los vicios de otros tiempos, iniciar cuanto significase un paso más en el camino del progreso. Los que venian luchando por la causa de la libertad desde tiempos anteriores, como D. José María

pertenecido á los Sres. Rincon Gallardo, la que se llama desde entónces "Casa del Estado." En ella están las oficinas públicas.

López de Nava, D. Juan Guzmán, los hermanos Chavez, D. Diego Perez Ortigosa, D. Antonio Arenas, D. Antonio Romo, etc., etc., eran como directores de una juventud que se levantaba, avara de adelantamientos, sedienta de libertades. Hombres nuevos figuraban en la escena pública como D. Luis Aguilar, D. Pedro Ignacio Sandoval, D. Manuel I. Gonzalez, D. Francisco Camarena y otros que atacaron de frente ciertas preocupaciones, extinguieron esas mascaradas de danzas y demas farsas que hacen degenerar en ridículas moji-gangas las santas relaciones entre Dios y el hombre, los actos mas sérios y solemnes del culto cristiano. En tanto, el *Artesano* hacia la propaganda de conocimientos útiles, aleccionaba á las clases trabajadoras y establecia una "Caja de ahorros" que proporcionó tantos bienes á despecho del agio, esa vorágine insaciable que solo deja viva la miseria, y que veía que se le arrebatában sus víctimas. Y se abria nuevamente la exposicion, tenia lugar con lucimiento el concurso industrial que no se verificó durante el gobierno de *su alteza serenísima*. Y mientras esto pasaba, mientras en todo se palpaba la influencia benéfica de la libertad, la propiedad del municipio y la del clero se desamortizaba, siendo en muchas manos mas productiva aquella. Entónces los terrenos de la "Hacienda nueva" se distribuyeron, y en uno de los lotes se levantó un templo al trabajo y á la industria—una fábrica de hilados y tejidos—y apareció una poblacion—San Ignacio—donde ni la tierra había sido cultivada por el arado del labrador. (1)

(1) La mente del legislador fué que llevase esa poblacion el

No era la prensa de entonces la de 1850 y 1851; las producciones de esta época no eran las de aquella: algunas nos honran y fueron acogidas con aplauso por cuantos amaban en la revolucion los principios que ella entrañaba. Los mismos que antes habian prostituido ese elemento civilizador, sacudian el polvo del odioso camino que siguieron, y entraron al estadio de la discusion, ansiosos de conocer la verdad; no la que el filósofo Thales creía oculta en un pozo, sino la que vertian las cuestiones filosófico-religiosas y político-sociales que se ventilaban. Avila, los Chavez (D. Pablo y D. José María) López, Cornejo y otros eran impulsados por patrióticos móviles, se levantaban á mas altas esferas y tomaban parte en aquel debate que suscitaba la marcha ascendente de la revolucion. Fué entonces cuando comenzaron á conocerse los escritos de D. Jesus R. Macias, D. Jesus Gómez Portugal, D. Manuel Alonso y D. Agustin R. Gonzalez.

Era entusiasta y consolador aquel movimiento de todas las clases, antes contenido impudentemente por el despotismo; fruto precioso de tantas esperanzas concebidas respecto de un porvenir mejor, consecuencia precisa de una revolucion que abría una senda espaciosa á la manifestacion de todas las ideas, de todas las aspiraciones racionales. Esta rompió el dique construido por aquel y se desbordó el torrente, arrastrando en su curso los errores, las preocupaciones de otros

nombre de Comonfort; pero como la inauguracion tuvo lugar el 31 de Julio, lleva el nombre del soldado vizcaino herido en Pamploña, del fundador de la compañía de Jesus, San Ignacio de Loyola.

tiempos. En Aguascalientes, como en otros Estados, brotaban hombres nuevos que cooperaban á robustecer el impulso general hácia el mejoramiento de todos por todos, que alumbraban la vía que el pueblo quería seguir y le señalaban el término del camino—la conquista de los principios proclamados. Se vió en aquella pequeña entidad federativa, gracias á la revolucion, nacer nuevas inteligencias que la tiranía aherrojaba, surgir el entusiasmo por la libertad cuyo uso habia impedido el despotismo, y crecer el soberano esfuero hácia el progreso, siempre detenido ó debilitado por la mano audaz del fanatismo.

Y ¡cosa rara! en el Estado no tenian adversarios en guardia los apóstoles de las nuevas ideas. Las preocupaciones se creían abatidas; los partidarios del pasado se asustaron con aquel inusitado movimiento. El árbol maldito de la tiranía, que dió tanto tiempo frutos amargos, comenzaba á ser batido por el impetuoso viento de la revolucion, y se hizo en pocos dias lo que no se habia hecho en mas de tres siglos. Los amigos de los privilegios no tenian representantes en la prensa, ni en la tribuna, ni en el club; no comprendian hasta donde podia ir la corriente desbordada de las ideas: eran presa de un terror de que no se daban cuenta; estaban deslumbrados con la luz que no querian ver de miedo de palpar la pequeñez, la miseria, la nada de la vieja causa que habian sostenido, injustificable frente al derecho, á la razon, á la filosofía y á la justicia.

En tanto, el partido liberal, unido, no se amedrentaba con las chispas revolucionarias que en varios lugares del país habian aparecido y eran apagadas lue-

go. Creía en la libertad y en que el destino de los pueblos es marchar hacia adelante; sabía que no es posible detener á una sociedad que camina armada con la bondad de su causa y fuerte con sus creencias y sus esperanzas. Todo era en ese partido, en aquellos felices días, aplausos, felicitaciones, frases de benevolencia recíproca, armonía, concordia, entusiasmo; todos los que amaban las nuevas ideas se estimulaban, se participaban sus pequeños temores y sus grandes ilusiones; vivían considerándose dichosos, presenciando los sucesos y tomando parte en ellos. No era solo la libertad quien imperaba, ni la sola idea del progreso quien infundía aliento, ni la sola conciencia del derecho quien sostenía la inteligencia ó el brazo que trabajaban en el vasto campo preparado por la revolucion; eran la union presidiendo el consejo de aquel partido, la fé robusteciendo esa union, y la fraternidad manteniendo vivo el júbilo que engendra la seguridad de la victoria..... Por qué pasaria esa época, quizá para no reproducirse ya?

La noche del 14 de Julio decia Luis XVI al duque de Liancourt: *Pero qué, es una revuella?—No señor es una revolucion.*—Así veíamos nosotros que, como habia dicho Comonfort, no era un motin militar el movimiento de Ayutla. Esto se vió claramente en Aguascalientes. Porque no eran solo las clases ilustradas, los hombres de gobierno los que se agitaban; se habia logrado algo mas. En aquella hermosa cruzada tomaban una parte activa los desheredados en otras épocas, los que fueron vistos con altanero desprecio por sus señores, los siervos del mas audaz ó del mas afortunado.

El agricultor, el artesano recordaron que eran hombres, y que por lo mismo no solo tenían deberes, sino derechos; recordaron que la obediencia ciega envilece y corrompe la sumision servil, y viendo que por vez primera fué llamada la multitud á deliberar sobre asuntos políticos, á designar á sus gobernantes, acudieron al llamamiento que se les hizo y formaron un club, asociacion que produjo los mejores resultados y facilitó la práctica de las instituciones democráticas. Si la cucarda de Camilo Desmoulins reveló al pueblo de Paris la conciencia de su derecho y de su fuerza, la bandera de aquel club agrupó á su pié á los antes abyectos gobernados y hoy hombres, á los antes párias y hoy ciudadanos.

Reuniánse en el local designado hombres que por primera vez tomaban asiento en una asamblea pública, y manifestaban sus opiniones con la franqueza que solo garantiza el uso legítimo de la libertad. Los que acababan de dejar el martillo y el escoplo, el telar y el torno aprobaban ó reprobaban lo propuesto; hablaban en ese idioma de los hijos del pueblo, excento de figuras retóricas y frases sonoras, pero respirando sinceridad y buena fé. Y allí se confundian con el gobernante y el hombre de posicion social, ofan discutir y discutian sobre asuntos ni siquiera soñados por ellos pocos años antes.

El partido conservador permanecía quieto merced al pavor que le infundian los sucesos que se precipitaban, extraño en aquel teatro abierto á todos, á él mismo, por la robusta mano de la revolucion. Esperaba que en otros Estados triunfase la contra revolucion pa-

ra aprovecharse de la victoria. El clero aún no llevaba al púlpito sus predicaciones subversivas, no armaba todavía el brazo del hermano contra el hermano, ni desunía al esposo y á la esposa. Se creyó que no sería sancionada la Constitución que se discutía, que en ella no se consignarían los principios que propagaba la prensa, que el moderantismo impondría sus leyes á la nación y el mismo gobierno volvería sobre sus pasos. Los soldados de otras ideas—las de retroceso—y de otras épocas—las de los tumultos militares—servían al gobierno y no se atrevían á oponerse al torrente revolucionario. El pueblo estaba tranquilo.

Así terminó este año, (1856) salvo un suceso sin consecuencias que tuvo lugar en los últimos días de Diciembre. Una gavilla numerosa amagó á Calvillo; el gobernador Terán y el comandante general, coronel D. José Longinos Rivera, organizaron una fuerza de infantería y caballería que pusieron á las órdenes de D. Norberto Goytia y D. Ignacio Marin, y los malhechores huyeron. La tropa de Aguascalientes fué bien recibida en aquella ciudad, fanatizada mas tarde, y despues de algunos dias regresó la fuerza á la capital.

El batallon que habia organizado Terán y era á las órdenes de Macías y D. Cipriano Ayala, (éste defeccionó despues) se habia unido á la division del general D. Anastasio Parrodi. Marchó á San Luis despues de la batalla de la Magdalena, favorable á las armas liberales y funesta al simpático general Osollo. Era ésta expedicion preludio de otras muchas y mas costosas. Se despedía el año de 1856 y con él la paz. Pronto iba á soplar el hálito emponzoñado de la guerra civil!

CAPITULO XVI.

La lucha de los partidos.

(1856—1857.)

Carta geográfica.—Buenrostro y Bárros.—Sitio de San Luis.—La revuelta.—La Constitución.—La Semana Mayor.—Motin.—Elecciones.—López de Nava.—Avila.—Calera.—Constitucion del Estado.—Ley de justicia.—Chávez.—Macías.—Rayon.—Carrión.—Cardona.—Alcázar.—La administracion.—Un discurso.—Golpe de Estado.—La reaccion.

FIGURA entre otras cosas que hizo el Sr. Terán en bien de Aguascalientes, la Carta Geográfica del Estado, obra formada por D. Isidoro Epstein, y que tanto contribuyó á hacer que fuese conocida aque-

CAPITULO XVI
 LA LUCHA DE LOS PARTIDOS
 (1856-1857)